

EL CACEROLAZO COMO NUEVA FORMA DE EXPRESIÓN POPULAR

María Luján Kammerer y María Victoria Sánchez Roncero

RESUMEN

Diciembre de 2001. Nuestro país presentaba un escenario confuso, caótico, inquietante, peligroso. El aire se hacía cada vez más pesado. Se habían agotado las palabras, los discursos, las falsas promesas. Llegaba la hora de actuar, de ejercer el derecho a ser vistos y oídos, de demostrar que pese a la crisis aún estábamos de pie y queríamos una Argentina sana, digna, honrada, justa, transparente, despojada de todo tipo de corrupción y clientelismo, atenta a las necesidades y reclamos de sus habitantes, abierta al cambio.

La desafinada música de las cacerolas se percibía en el ambiente, el pueblo estaba indignado, y entre gritos, aplausos y golpes secos a los metales intentaba hacerse escuchar en una vorágine de pobreza, indigencia y desocupación crecientes. La Plaza de Mayo volvía a cargarse de significado mientras sus protagonistas se acercaban tímidamente, animándose a demostrar la insostenibilidad del orden vigente. Algo nuevo estaba naciendo. Y la Plaza era cómplice de esa nueva forma de expresión popular. Se configuraba en ella, una vez más, la acción colectiva.

Ahora bien, ¿Qué lectura se puede hacer en torno a este fenómeno desde la comunicación? Indudablemente, nociones teóricas como práctica socio-estética, espacio público y dimensión simbólica atraviesan el objeto de estudio. Pero... ¿De qué manera? Los invitamos a descubrirlo en las próximas líneas...

1. INTRODUCCIÓN: DIALOGANDO CON EL OBJETO DE ESTUDIO

Muchos se preguntarán cómo el 19 y 20 de diciembre de 2001 sirvió de disparador o motivador para desarrollar la temática de análisis. A nuestro entender, **estas fechas significaron el quiebre de un régimen sociopolítico, pero fundamentalmente, estuvieron marcadas por la necesidad de los argentinos de desafiar, de recuperar el espacio público perdido**, de hacerse oír en medio de una atmósfera sacudida desde temprano por la ola de saqueos y caos generalizado en todo el país. Estos días fueron el reflejo de que los argentinos perdieron la paciencia y exigían soluciones reales y concretas. No toleraban la corrupción ni la improvisación, y estaban cansados de ver y escuchar a los mismos dirigentes. En la coyuntura de ese momento, millones de cacerolas sonaron al unísono, evidenciando el dolor de un pueblo que ya no podía llenarlas con nada para alimentar a sus hijos; por ende intentó llenarlas con heroísmo, dignidad, orgullo y palabras.

Los argentinos demandaron, a través de esta expresión, la completa renovación del sistema político, pero fundamentalmente la defensa de sus intereses y derechos como pueblo.

A partir de la crisis que se desató en nuestro país los días 19 y 20 de diciembre de 2001, y observando la forma en que el pueblo ha reaccionado frente a la misma, **nos surgió la inquietud de analizar cómo se ha expresado la sociedad, cómo ha transmitido sus sentimientos de bronca e**

impotencia, motivaciones y deseos de cambio, a través de una nueva expresión popular: “el cacerolazo”. Esta modalidad de protesta conlleva toda una carga simbólica que fue nuestra intención detenernos a analizar. Teniendo en cuenta que toda investigación parte de un problema, el eje de nuestro trabajo se sintetizó en la siguiente pregunta: ¿Por qué el pueblo elige el cacerolazo como forma de expresión?

También nos pareció importante analizar este tema dadas las transformaciones sufridas en el comportamiento popular una vez desatada la crisis. En este sentido, percibimos un viraje importante en su forma de reaccionar ante los sucesos acaecidos, ya que de ser un pueblo inactivo y estático pasó a ser protagonista del espacio público, dinamizando sus acciones para hacerse oír en la vorágine de corrupción, descreimiento social e incertidumbre económica de aquel momento.

Quisiéramos dejar en claro que entendemos el concepto de crisis –siguiendo la definición de Marcelo Gómez– como aquella situación que hace que rompamos los lazos que definen lo esperable, lo deseable y lo posible, abriendo lo social y nuestro propio comportamiento a la incertidumbre. En la crisis, los comportamientos sociales, y sobre todo los colectivos, apuntan a profundizarla, reproduciéndola y amplificándola para demostrar así la insostenibilidad del orden vigente. Esto significa que la crisis es un momento privilegiado para la reflexión, ya que genera las condiciones para el surgimiento de nuevas subjetividades colectivas o formas de percepción, apropiación simbólica y acción en el espacio urbano.

También es interesante aclarar que no fue nuestro objetivo encasillarnos en una visión mecanicista que reduzca el análisis de las causas que desencadenaron los eventos de diciembre de 2001 meramente a la pobreza, el hambre o la desesperación. Por el contrario, lo que descubrimos fue que ciertas situaciones sociales, como la necesidad económica, el sufrimiento y el desempleo no necesariamente se traducen en procesos de movilización popular. Es decir, la protesta no es una respuesta directa a la tensión producida por el deterioro en las condiciones de vida, sino que fluye de procesos políticos específicos.

Esto nos llevó a **contextualizar el cacerolazo dentro del mapa de protestas de los últimos años en la Argentina**.

Nuestra hipótesis se apoyó en la idea de que ya estaba instalada una cultura de la movilidad social en el país, la que contribuyó a hacer posible la manifestación de diciembre de 2001. Si indagamos en el espacio social de años anteriores es viable sostener una mirada de este tipo. No obstante, no podemos eludir el carácter espontáneo de la protesta, considerando que no fue planificada de antemano, más allá de la acumulación de experiencias a lo largo de la historia de nuestro país, las cuales fueron disparadoras del estallido popular.

La cultura de la acción colectiva se fue instalando entre los ciudadanos a la par de las políticas económicas implementadas en las dos últimas décadas por el FMI, el Banco Mundial y otros organismos internacionales, los que han avalado, promovido e incluso exigido un modelo neoliberal de acumulación, basado en la concentración y centralización del capital.

La crisis de diciembre de 2001 representó la eclosión de un proceso que se vive desde hace años y que tiene sus comienzos en la dictadura militar implementada en 1976 y su

posterior consolidación en los 90 bajo la década menemista. Este colapso, múltiple y complejo, encuentra sus causas en la desregulación de todo tipo de control estatal, el vaciamiento del país a raíz de la apertura e integración de nuestra economía al comercio mundial, la desindustrialización, la privatización de las empresas públicas, la destrucción de nuestra moneda, entre otras.

Lo anterior indica que **el cacerolazo no se desarrolló en el vacío, sino en un contexto que de alguna manera estaba maduro para una revuelta de gran escala**. Éste no fue producto del azar, por lo tanto su origen y génesis deben ser enmarcados en las causas concretas y definidas que hicieron posible su materialización espacial en la Plaza de Mayo.

Desde el punto de vista económico, el proceso de privatizaciones y desregulaciones desmanteló el Estado de Bienestar y dejó a la intemperie a millones de argentinos, que al no tener trabajo, perdieron beneficios sociales. La crisis de diciembre de 2001 se montó sobre un escenario caótico, signado por índices de recesión y desocupación crecientes, violencia desmedida, rebaja de salarios, falta de créditos, desabastecimiento de productos, escraches, piquetes, saqueos y muchas otras modalidades de protesta que daban cuenta de la desigual distribución del ingreso, así como de la decadencia y pérdida de legitimidad de las instituciones gubernamentales.

Con relación a lo político, cabe señalar que diciembre de 2001 mostraba una profunda crisis de credibilidad y de representación, debido al quiebre de instituciones como los sindicatos, las iglesias, las escuelas, los partidos políticos y los funcionarios del Estado, que en otros momentos históricos supieron crear normas, principios y comportamientos.

Asimismo, produjo la ruptura de contratos sociales fundamentales y una diversificación de identidades en la construcción del cacerolazo. Pese a ello, el conjunto de personas que se manifestaron en la Capital Federal consiguió alcanzar el consenso en el marco de un país absolutamente desnivelado y paralizado: un consenso en torno al repudio hacia la clase dirigente, sustentado en reclamos e inquietudes ligadas a la vida diaria y común del grueso de la población que salió a la calle el 19 y 20 de diciembre.

El cacerolazo tuvo como escenario el espacio público urbano (la Plaza de Mayo y las calles que la rodean). En este sentido, nos pareció muy interesante adentrarnos en el análisis de **la ciudad como territorio comunicacional, como lugar de emergencia de identidades diversas y heterogéneas y como disparadora de las representaciones de los sujetos sociales**. Esta tarea supuso visualizar las "marcas" que subyacen en la construcción de sentido que se hace del espacio urbano, así como también nos condujo a hacer una lectura de las formas de experimentar la pertenencia al territorio y de construir el repertorio de acción colectiva.

Nuestro tema de Tesis nació entonces con la idea de poder analizar el cacerolazo como una práctica socio-estética, pero también estético-política, al reconstruirlo como una manera más de comunicar a la clase dirigente el hartazgo popular, teniendo en cuenta que otras modalidades de bronca y de protesta, entre ellas los piquetes, los escraches, los saqueos, los bocinazos y los intentos de linchamiento a todo aquel que haya pasado por la función pública, ya se habían hecho presentes en la Argentina.

El objetivo general de nuestra Tesis consistió pues en conocer

los significados simbólicos del cacerolazo para poder explicar por qué el pueblo lo elige como una nueva forma de expresión y de protesta. De éste se desprendieron los siguientes objetivos específicos:

1. Analizar las características que encierra el cacerolazo desde una perspectiva transdisciplinaria.
2. Visualizar el sentido que adquiere el espacio público urbano en esta práctica.
3. Observar la dimensión estética, simbólica, política y social que se pone de manifiesto en esta nueva forma de expresión popular.

Para el cumplimiento de los objetivos propuestos, procedimos a reconstruir el escenario del 19 y 20 de diciembre de 2001 en la Plaza de Mayo a través de diversas fuentes (documentales, orales, periodísticas y fotográficas). El mapa resultante funcionó como nuestra unidad de observación, y en él se identificaron a los diversos actores sociales involucrados en la gestación del fenómeno, así como también sus prácticas, tanto simbólicas como materiales.

A partir de estos pilares dimos curso a la investigación, sin perder de vista, por supuesto, la validez, la confiabilidad, la objetividad, la sistematización y el rigor científico que supone un trabajo de este tipo.-

2. HERRAMIENTAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS: HACIA UNA COMPRENSIÓN Y RECONSTRUCCIÓN DEL CACEROLAZO

Hemos decidido trabajar las orientaciones teórico-conceptuales y metodológicas de manera unificada, ya que entendemos que formularlas en conjunto permite comprender de forma más completa y coherente su pertinencia en el marco de la investigación que realizamos.

Sabemos que muchos de los términos que guardan relación directa con el cacerolazo no pueden ser interpretados al azar, sino que es necesario asumirlos de una determinada manera para facilitar así su comprensión. Es por eso que en este apartado desarrollaremos tres conceptos teóricos fundamentales que utilizamos como base en nuestra investigación, los cuales dan lugar a una clara interpretación de la práctica objeto de estudio.

A nuestro criterio, las nociones que aparecen a continuación son clave para comprender el significado integral del cacerolazo, ya que lo atraviesan desde diferentes lugares.

Prácticas socio-estéticas: entendidas como aquellas manifestaciones en donde lo reivindicativo y la demanda se entremezclan con aspectos lúdicos e intenciones estéticas que articulan una dimensión simbólica y un sistema de comunicaciones. Nos pareció muy útil recoger este concepto, trabajado por el sociólogo Claudio Lobeto, para definir a las prácticas que se realizan en el espacio público, en este caso el cacerolazo, teniendo en cuenta que, para poder conocer los significados simbólicos que éste encierra, es necesario analizar los aspectos estéticos, representativos y lúdicos que se ponen de manifiesto en él. Estos elementos nos permitieron explicar por qué el pueblo lo eligió como una nueva forma de expresión, así como también nos llevó a visualizar el carácter de la protesta, indagando acerca de las reivindicaciones reales de los manifestantes conjugadas con la dramatización o el

juego que hace posible exteriorizarlas, comunicarlas, revelarlas, expresarlas, transmitir las de alguna manera. Así logramos articular la dimensión simbólica con la demanda concreta.

Uno de los datos que reveló la investigación fue que **el cacerolazo, además de manifestarse como una demanda real en torno a consignas prácticas, constituyó asimismo una expresión popular de protesta simbólica**, una percepción colectiva en torno a la posibilidad de un cambio. Los sujetos sociales que participaron de esta práctica socio-estética articularon sus demandas concretas con una original manera de comunicarlas.

El aspecto reivindicativo de nuestro objeto de estudio tuvo que ver con la necesidad del pueblo de hacerse oír y de dar a conocer en forma legítima, soberana y democrática sus reclamos y exigencias: transgrediendo normas, mostrando una nítida ruptura con las reglas institucionales, desconociendo el estado de sitio, apropiándose de la Plaza de Mayo, hostigando bancos y edificios gubernamentales y desafiando los vallados policiales.

La demanda, por su parte, guardó relación con el hecho de que desde el gobierno no se estaban implementando políticas destinadas a solucionar los problemas cotidianos que aquejaban a los ciudadanos en el contexto de la crisis de diciembre de 2001, quienes no sólo clamaban por un mínimo de eficacia, sino también exclamaban la impotencia del sistema político para garantizarla.

En relación con lo estético, advertimos que el pueblo, a la hora de protestar, eligió de todos los elementos que tenía a su alcance la cacerola, con el objeto de golpearla y hacerse escuchar. Dada su composición metálica, el ruido estaba asegurado. Y era justamente eso lo que buscaban los manifestantes: hacer mucho ruido, ofreciendo una acústica desafinada pero de notable intensidad. La acción de golpearlas guardaba relación con el hecho de que los manifestantes sentían que querían defender la democracia a cualquier precio, aun por sobre el Presidente, y que se fueran todos los que no hacían nada para el pueblo. Asimismo, las cacerolas vacías cobraron sentido como "marca" de las demandas aún insatisfechas de los ciudadanos en torno a problemáticas, reclamos e inquietudes concretas ligadas a la vida diaria y común del grueso de la población, como la necesidad de protección y respaldo por parte del Estado, la importancia de generar fuentes de trabajo, la insuficiencia de alimentos, etc. Paralelamente, la cacerola vacía simbolizaba el vacío de poder a raíz de la crisis de representatividad institucional, así como el hambre y la miseria que caracterizaba la situación económica padecida por un sinnúmero de argentinos.

Dimensión simbólica: los sujetos se constituyen individual y colectivamente enmarcados en un determinado universo simbólico, una trama discursiva en la que ciertos sentidos institucionalizados aparecen operando en la forma del ser y actuar social. Pero lo fundamental para tener en cuenta es que la circulación de ese sentido no es lineal. Siguiendo el pensamiento de Eliseo Verón podemos decir que *"un discurso no produce jamás un efecto solo y uno solo. Un discurso genera, al ser producido en un contexto social dado, lo que podemos llamar un campo de efectos de sentido posibles"*.

Se torna evidente que este concepto proporciona toda una serie de fundamentos que representan preguntas claves para la interpretación de los indicios, recursos expresivos, marcas

distintivas, estrategias, acciones y señales que se evidencian a través del cacerolazo. Estos elementos permitieron descubrir el objetivo que perseguía el pueblo a través de esta práctica, la forma que tuvo de hacerla visible y los sentidos que despertó. En esta dirección, es menester señalar que el relevamiento de los cuestionarios y testimonios auditivos nos brindó pistas para analizar e interpretar los motivos que impulsaron a los manifestantes a salir a la calle: el cuerpo político se hallaba en estado de inestabilidad y descomposición; la confusión, la especulación y el desconcierto se arraigaban cada vez más fuerte en la esfera económico-financiera, agravada por el llamado corralito financiero; los servicios de salud y educación experimentaban un agudo deterioro; el desempleo, la pobreza y la exclusión social se incrementaban a pasos agigantados; la ola de saqueos en el conurbano bonaerense iba en aumento; y la imposición de un estado de sitio que acabó por caldear los ánimos de la gente. Pero como ya lo planteamos anteriormente, para no caer en un análisis simplista, es necesario entender que el movimiento de protesta generado en el país tuvo un contexto que hay que comprender para interpretar con más y mejores elementos el escenario de aquellos días de diciembre de 2001.

Esa noche del 19 se percibieron en la Plaza sentimientos encontrados: bronca, euforia, injusticia, desesperación, dolor, nostalgia, emoción, frustración, felicidad, asombro. Esta mezcla de sensaciones generó en los manifestantes estados de ánimo diversos, fácilmente reconocibles en sus relatos y discursos argumentativos.

El núcleo de expectativas de dichos actores estaba centrado en la mejora de la calidad de vida a través de un óptimo funcionamiento del sistema político. Se reivindicaban valores de transparencia y reformulación de la representatividad, presa de una agonía terminal en diciembre de 2001.

Las conductas de los manifestantes, dotados de iniciativa, autenticidad y creatividad, reflejaron su intención de ser los responsables de conducir al país hacia el cambio. Sin embargo, existían entre ellos intereses contrapuestos que fueron pasados por alto para poder construir entre todos una identidad común, dejando de lado su habitus, su herencia cultural definida, sus valores, sus demandas particulares, en síntesis: abandonar su especificidad para integrarse en un colectivo compacto.

En este sentido, ambas somos partidarias del supuesto de que **los distintos actores sociales involucrados en la gestación del cacerolazo**, quienes no necesitaron plantearse en forma claramente consciente lo que hacían ni menos aun por qué lo hacían, **construyeron una identidad pasajera en torno a un rasgo de queja compartido: el repudio a la clase dirigente**. Esta identidad logró apoyarse en la estrategia del "nosotros": el pueblo, los ciudadanos, la sociedad civil, permitiéndoles dotarse de la fuerza necesaria para comunicar su mensaje de fastidio y convencerse de la efectividad de su acción colectiva.

Tal vez sea oportuno señalar que no fue nuestra intención realizar una lectura romántica o estereotipada del cacerolazo, sólo pretendimos reconocer la legitimidad del reclamo colectivo y dar cuenta de su repercusión en la coyuntura. De hecho, somos conscientes de que pasados los primeros días de euforia y triunfo popular, el sentido de la protesta comenzó a girar en el aire, en la medida en que no se formularon modalidades de activismo social cualitativamente distintas, lo que hizo que la crisis y el malestar general continuaran haciéndose presentes.

Esto indica que el movimiento de protesta se vio enfrentado a la alternativa de repetir sin fin movimientos de expulsión y rechazo, que en definitiva terminaron desgastándolo.

Espacio público: es el lugar por excelencia de las relaciones sociales, los intercambios culturales, los ritos y las celebraciones. En él se manifiestan las formas de experimentar la pertenencia al territorio y de construir el repertorio de acción colectiva. Este término motorizó el análisis de las siguientes preguntas: ¿Por qué se eligió una vez más la Plaza de Mayo como escenario de la protesta? ¿Cómo se apropiaron de este espacio los actores? ¿De qué manera lo utilizaron? ¿Quiénes estaban en la Plaza? ¿Dónde estaban ubicados? ¿Cómo se desplazaron? ¿Qué recorridos hicieron? ¿Qué roles o funciones desempeñaron? ¿Qué acciones desarrollaron en la Plaza?

Estos interrogantes sugieren, de alguna manera, la importancia comunicativa del espacio, es decir, plantean visualizar la ciudad como un lugar donde se pone de manifiesto una alta concentración de la interacción social. Fue por ello que para enriquecer esta lectura del espacio urbano encontramos interesante detenernos a pensar acerca de los usos y acciones que los sujetos llevaron a cabo en el escenario de la Plaza de Mayo los días 19 y 20 de diciembre de 2001.

En principio, nos pareció fundamental identificar a cada uno de los actores. A nuestro criterio, éstos pueden ser encuadrados en **cuatro grupos: los manifestantes, la policía, la clase dirigente y los medios de comunicación**. Esta clasificación está planteada en función de los roles desempeñados por cada uno de ellos, ya que consideramos que era la forma más clara de dar cuenta de las características que los definen, partiendo del supuesto de que no todos experimentaron el proceso de ocupación del territorio de la misma forma, es decir, no todos se apropiaron de la Plaza de Mayo como un escenario de participación y control colectivo de la gestión de gobierno.

En este sentido, sugerimos pensar el fenómeno en los márgenes de una aparente paradoja: por un lado, la complejidad de los actores protagonistas en lo que hace a sus demandas, identidades y formas organizacionales, lo que dificulta pensarlos como un movimiento social en el sentido tradicional (pertenecientes a algún partido político o ubicados dentro de algún encuadre sindical). Del otro, el profundo impacto político de sus intervenciones, que ha contribuido a cuestionar aspectos centrales del orden institucional, como los modos de representación, los procesos de legitimación y la función del Estado como agente de integración social.

Si hiciéramos una lectura rápida, detectaríamos a simple vista la función cumplida por cada actor: protestar a través del golpe de la cacerola en el caso de los manifestantes; ejercer la represión en un intento por mantener el orden en el caso de la policía; cubrir y registrar los acontecimientos en el caso de los medios de comunicación; y finalmente la clase dirigente, observador directo de lo que sucedía en la Plaza, siendo consciente de que el reclamo común iba dirigido en su contra y por ende era el motor principal de la movilización popular, así como también observador participante, porque actuaba en función –entre otras cosas– de lo que estaba pasando allí afuera, en la Plaza, mientras que los tres actores restantes lo hacían en función de lo que se dirimía adentro de la Casa Rosada y el Congreso. En este sentido, la policía y los medios convierten la clase dirigente en presencia, es decir, permiten visualizarla (acatando sus órdenes unos, comunicando sus

acciones los otros).

Por otra parte, es importante señalar que los manifestantes, la policía y los medios también actuaban motivados por la propia presencia del otro, es decir, no sólo actuaban en función de lo que pasaba en la Casa Rosada, también había espacio para interactuar entre ellos sin la referencia de lo que pasaba allí adentro.

Merece una mención especial el espacio urbano en el cual se descargó la acción colectiva, el cual es un icono nacional: la Plaza de Mayo. La carga simbólica que ésta posee debe ser tomada en cuenta, considerando la intensidad de sentido depositada por los manifestantes en ella. La significación del cacerolazo no hubiese sido la misma de desarrollarse en otro lugar, considerando no sólo su ubicación geográfica, al estar rodeada de los principales edificios gubernamentales, la Catedral, el Cabildo e importantes Bancos, sino también debido a que a través de los años, ha congregado a un sinnúmero de argentinos en momentos claves de la historia nacional.

Con relación al marco metodológico, es importante señalar que la dimensión simbólica y cultural que atraviesa nuestra práctica objeto de estudio nos llevó a **trabajar dentro de la investigación cualitativa**, más precisamente **bajo los presupuestos del paradigma hermenéutico**, que propone arribar a un conocimiento objetivo a través de un conocimiento consensuado, dándole un mayor peso no a lo que es, sino a la interpretación de lo que es.

El paradigma hermenéutico –y dentro de éste, la **etnometodología** en particular (la que se ha constituido como una práctica interpretativa: un conjunto de procedimientos y recursos a través de los cuales la realidad es aprehendida, entendida, organizada y llevada a la vida cotidiana) – resulta muy apropiado cuando se trata de investigar la construcción social de significados y buscar la esencia de los fenómenos sociales y humanos. Este enfoque supone reconocer al hombre como ser histórico y de relaciones, generar procesos de cambio o transformación de la realidad e identificar el potencial y la iniciativa creativa de las comunidades. A través de la comprensión de estos aspectos, se logra captar el sentido originado en las acciones particulares, desde una perspectiva holística, e interpretar el significado cultural que los distintos actores atribuyen a esas acciones.

Las herramientas que utilizamos para la reconstrucción de los datos fueron:

1. Relevamiento de medios y páginas web: para poder recuperar el contexto, las imágenes y las voces del cacerolazo. En primera instancia, ambas fuentes de información fueron de suma utilidad en la reconstrucción cronológica de los hechos, la identificación de los diferentes actores que formaron parte de la práctica, dándonos de esta manera un pantallazo general de los acontecimientos. Por otra parte, el diario La Nación (en su versión electrónica) nos proporcionó testimonios auditivos de gran importancia, a través de los cuales pudimos percibir de manera directa los sentimientos de la gente, pues lo que expresaban en ese instante en que se manifestaban en la Plaza seguramente variaría un poco con lo que días o meses más tarde pudieran decir o escribir en una encuesta. Además, el escuchar sus voces de exaltación, los gritos de repudio, hartazgo y descontento, nos sirvió mucho más para reconstruir satisfactoriamente los días 19 y 20 de diciembre de 2001. A su vez, y al no contar con material audiovisual para la

reconstrucción del dato, nos pareció importante recurrir a las fotografías que nos suministraron los medios, ya que éstas nos fueron muy útiles debido a que en ellas se eternizan momentos claves de lo que se vivió esos días en la Plaza.

2. Entrevista estructurada a informantes clave: desde un principio supimos que nuestro análisis se enriquecería muchísimo si contábamos con los testimonios de las personas que habían participado del cacerolazo de Plaza de Mayo, ya que aprovecharíamos al máximo los aportes que éstas nos pudieran proporcionar. Sin embargo, la confección de ese cuestionario no fue una tarea sencilla. Necesitábamos que la gente se sintiera motivada a recordar y a contestar nuestras preguntas, para ello sería fundamental iniciar la charla preguntando por las cosas cotidianas de esa noche. Algunos de los aspectos que más nos interesaba conocer eran los sectores involucrados, los motivos que impulsaron a la gente a golpear la cacerola, la elección de la Plaza de Mayo como centro de protesta, el papel desempeñado por los medios de comunicación allí presentes, la actitud asumida por la policía, entre otros. En este sentido, tratamos de evitar preguntas que tuvieran un nivel de conceptualización o complejidad muy alto, formulándolas en forma simple, clara, y posibles de ser respondidas por cualquier persona. Cabe señalar que implementamos un cuestionario cerrado, instrumento que tuvo la ventaja de funcionar como guía, ya que al estar organizado según bloques temáticos permitió ordenar las respuestas de los entrevistados. Además, esta técnica nos permitió captar información abundante y básica sobre el problema, lo que hizo posible orientar las estrategias para aplicar otras técnicas de recolección de datos.

3. Mapas: son disparadores para pensar el contexto, es decir, para profundizar el conocimiento del espacio geográfico objeto de análisis desde una mirada más general e integral. En este sentido, los mapas de la Plaza de Mayo y sus alrededores representan una caracterización del escenario observado, al brindar un marco de referencia para observar la forma en que los distintos actores involucrados en el cacerolazo se apropiaron de este espacio histórico de lucha y lo cargaron de sentido desde la interacción y la acción comunicativa. Al mismo tiempo, estos mapas ponen de manifiesto los recorridos y los modos de circulación de los sujetos participantes, evidenciando las estrategias de comportamiento social y urbano de los mismos.(1)

mapa 1 - mapa 2 - mapa 3

4. CONCLUSIONES

El trabajo que acabamos de exponer, enmarcado en nuestra experiencia de Tesis de Grado, pretende aportar nuevos conocimientos, orientados a enriquecer el análisis de los aspectos lúdicos e intenciones estéticas que articulan una dimensión simbólica y un sistema de comunicaciones en todo proceso social de construcción de sentido.

La investigación que realizamos se construyó revisando la experiencia concreta del cacerolazo del 19 y 20 de diciembre de 2001 en Capital Federal, y tuvo por objeto conocer los significados simbólicos de esta práctica para desde allí entender por qué el pueblo la eligió como nueva forma de expresión.

A modo de cierre, quisiéramos dejar sentado que el cacerolazo conjugó toda una serie de elementos, entre ellos la cultura de la movilidad social, la definición de la posición social en el espacio público, la apelación a cuestiones identitarias, la pretensión de captar la atención de los medios, la necesidad de influir sobre la opinión pública y los dirigentes a los que se dirigía la protesta, que cargaron de sentido la acción colectiva que se desarrolló en su interior.

Esta nueva forma de expresión popular estuvo marcada por la alegría y el placer de estar juntos. El miedo, la cobardía y la inseguridad, que se desprendían de la declaración del estado de sitio, fueron quebrados explosivamente en el reencuentro ciudadano, comunión que hizo posible el placer del compartir, la ratificación de ser muchos, de sumar, de desafiar, de (re)conquistar la escena política, vaciada de agentes colectivos en el último cuarto de siglo.

La mayoría de nuestros dirigentes subestimó durante mucho tiempo el clima de opinión y la capacidad de reacción del pueblo, refugiándose en el argumento de que la gente en realidad no estaba disconforme con los políticos sino con la democracia en general. Sin embargo, aquella noche del 19 de diciembre de 2001 más de uno quedó boquiabierto y sorprendido por la pacífica manifestación del pueblo, que entre cucharones y cacerolas se acercó a la Plaza de Mayo para vocear *"Que se vayan todos"*.

El fenómeno del cacerolazo demostró así el poder de los argentinos como sociedad civil, basado en el compromiso activo y desinteresado, en las relaciones políticas horizontales, en la ausencia de punteros, en el repudio a la corrupción e improvisación, en la exigencia de soluciones reales y no utópicas. El mensaje de fondo encerraba la necesidad de prácticas gubernamentales honestas y una completa renovación de dirigentes y funcionarios públicos.

Trajo aparejado también la recuperación de la capacidad de protesta, favoreciendo la formación y articulación de movimientos populares, asambleas barriales e iniciativas solidarias, que hablan de toda una apertura de los canales de participación ciudadana para la discusión de la agenda social y política. Esta lectura necesariamente nos sitúa en condiciones de plantear una nueva concepción de la solidaridad, aquella que sugiere la posibilidad de transformar y no simplemente de colaborar, ayudar o asistir.

La protesta social de diciembre de 2001 en Argentina no fue por la identidad, sin embargo ésta resultó un recurso estratégico a la hora de legitimar un reclamo colectivo que tuviera como base un rasgo de queja compartido por los distintos sectores sociales: el repudio a la clase política. La construcción de un "nosotros" en medio de tanta fragmentación social hizo posible la elaboración de una estrategia de integración para la lucha. Esto significa que los diversos sujetos participantes del cacerolazo fueron más allá de sus sufrimientos, intereses y carencias individuales, y se dieron cuenta de que unidos y dejando de lado su especificidad tenían más fuerza.

Nos parece fundamental recoger la definición de Rossana Reguillo en torno a este concepto tan vago pero no por ello imposible de precisar: *"Hoy sabemos que la identidad no es una esencia, aunque algunos permanezcan atrapados en esta peligrosa idea; se trata de un concepto relacional, que supone simultáneamente un proceso de identificación y un proceso de*

diferenciación, lo que implica necesariamente una tarea de construcción, la identidad se construye en interacción (desnivelada) con los otros, los iguales y los diferentes. La identidad insta su propia alteridad. Sabemos también que las identidades son históricas, aunque en el pensamiento actual se abra un debate importante en torno a las identidades efímeras y cambiantes, que en estricto sentido serían más que identidades, "identificaciones".

En este sentido, es más ajustado –conforme al comportamiento del colectivo heterogéneo que analizamos a lo largo de la investigación– referirnos a identificaciones más que a identidades, pues entendemos que los actores que se manifestaron en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 se apartaron temporalmente de los aspectos particulares contenidos en el interior del grupo o sector social al que pertenecían para desde allí lograr interactuar con individualidades diferentes y así dar sentido a la acción colectiva. El cacerolazo se constituyó pues como una práctica compartida por diversos actores, que a través de ella ofrecieron una resistencia popular con la clara pretensión de reconocimiento social.

La investigación desarrollada no es una tarea concluida. En este sentido, esperamos que los resultados que el presente informe arroje sean de gran utilidad desde el punto de vista académico, funcionando como disparadores de nuevos trabajos de análisis que permitan profundizar aspectos del tema en cuestión, ampliar teorizaciones, construir nuevas aproximaciones e incursionar en terrenos vinculados a la temática objeto de análisis todavía poco explorados.-

Notas

1. A continuación, exhibiremos los tres mapas comunicacionales construidos para la investigación, a los efectos de visualizar claramente los recorridos y modos de circulación puestos de manifiesto en la Plaza de Mayo e identificar a los sujetos que se encontraban allí presentes: en qué lugar se ubicaban y cómo se desplazaban. El primero de ellos ilustra el avance de los manifestantes, el segundo el de la policía y el tercero es una síntesis del enfrentamiento entre ambos actores.

Bibliografía

GÓMEZ, Marcelo. Crisis del capitalismo, formas de conciencia y resurgir de la acción colectiva. En Revista THEOMAI. Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo. Número especial (invierno de 2002). revista-theomai.unq.edu.ar

LOBETO, Claudio. Acciones y representaciones en los espacios urbanos. Ponencia presentada en el I Congreso Virtual de Antropología y Arqueología. Versión electrónica: www.antropologia.com.ar/congreso/ponencia1-22.htm, Octubre de 1998.

REGUILLO, Rossana. La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación. ITESO-UIA. Guadalajara, 1996.

-----: La ciudad de los milagros, movimientos sociales y políticas culturales. En revista Diá-logos de la Comunicación N° 38. FELAFACS. Lima, Enero de 1994.

-----: Identidades culturales y espacio público, un mapa de los silencios. En revista Diá-logos de la Comunicación N° 59/60. FELAFACS. Lima, Octubre de 2000.

-----: Ciudad y comunicación: densidades, ejes y niveles. En revista Diá-logos de la Comunicación N° 47. FELAFACS. Lima, Marzo de 1997.

SOUZA, María Silvina. Nuevos actores, nuevas prácticas. La calle como lugar de

surgimiento de subjetividades colectivas, formas de percepción, apropiación simbólica y acción. Versión electrónica: <http://www.campusoei.org/pensariberoamerica/colaboracionese6.htm>. Febrero de 2003.

"Tendencias cualitativas de investigación en Ciencias Sociales". Universidad Nacional de La Plata. Seminario Permanente de Tesis. Apunte de Cátedra.

VERÓN, Eliseo. La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad. Editorial Gedisa. Barcelona, 1993.